

para el equilibrio de Europa, el cual sería imposible si una parte de su monarquía se subordinase á la unidad germánica, y por otra parte, preescindiendo del pacto de 1815, convocó en Francfort la Dieta para tratar de los negocios comunes y de la Federación. El rey de Prusia (1850) vacila en reconocer esta representación tradicional de la Alemania, é inclina hácia las ideas populares á los pocos monarcas que quisieran que en la Dieta estuviesen también representados los pueblos; pero no cree llegada la ocasión de romper con Austria, cuando su reino y toda la Europa se encuentran conmovidos con cuestiones mucho más profundas que las políticas (1). Austria y Prusia espíandose con recelo, encontraron ocasión de rompimiento cuando el elector de Hesse fué expulsado por su pueblo. Austria pretendía que las tropas federales interviniesen para reponerlo en el trono, mientras la Prusia se recelaba de aquella reunión de Austriacos armados en sus fronteras. Preparóse, pues, para la guerra del país, y los Prusianos se apercebían para esgrimir las armas contra aquellos *hermanos* con el mismo ardor que un tiempo los animaba contra los Franceses. La prudencia se puso otra vez de por medio y retardó el conflicto; pero la Alemania ¿no conseguirá jamás sino recomposiciones territoriales á voluntad y beneficio de los fuertes? ¿Volverá al seno de la liga conservadora del Norte ó vendrá á apresurar el movimiento del Occidente (2)?

(1) La cabeza del rey Federico Guillermo IV empezó á enflaquecerse, y con este motivo, en 1858, fué nombrado regente su hermano Guillermo Luis, que después le sucedió, en enero de 1861. En el acto de su coronación proclamó que reconocía que solo de Dios recibía la corona, y su apego á los usos históricos, abrió una lucha entre él y los representantes del país. La constitución del 31 de enero de 1850 fué modificada los años siguientes, y hasta el 4 de mayo de 1867. Cuando la guerra de Crimea, la Prusia se mantuvo neutral; y lo mismo hizo cuando la de Italia, mientras no vió amenazada la línea del Rin, que se conceptuaba necesaria para la defensa de Alemania. Entonces se unió con la Rusia para detener á los Franceses. Pues la política prusiana consiste en crear su propia preponderancia en Alemania, pero repudiando la unidad alemana, la cual quizás hubiese conseguido formando alianza con la Francia contra el Austria, pero consintiendo en que aquella se extendiese hasta el Rhin, conforme se había extendido hasta los Alpes con la unidad italiana. Mas luego, en 1866, la Prusia se levantó con un formidable ejército y derrotó al Austria en Sadowa; declaró rota la Confederación Germánica y formó otra del Norte, en la cual domina la Prusia y aspira á absorber igualmente la Confederación del Sur.

(2) Cuadro de la Confederación Germánica en 1863:

Imperio de Austria. — Provincias en el territorio de la Confederación, habitantes 12.696.919. — Reinos. — Prusia, 43.173.235; Baviera, 4.613.718; Sajonia, 2.422.148; Hannover, 1.843.976; Wurtemberg, 1.690.998. — Grandes ducados. — Baden, 1.335.932; Hesse, 843.571; Luxemburgo, 410.279; Sajonia-Weimar, 217.112; Mecklenburgo-Strelitz, 99.628; Oldenburgo, 294.369. — Ducados. — Holstein y Lunenburgo, 968.863; Sajonia-Meiningen, 168.816; Sajonia-Altenburgo, 435.574; Sajonia-Coburgo-Gotha, 433.879; Nassau, 443.648; Brunswick, 274.069; Anhalt-Dessau-Cochin, 491.545; Anhalt-Bernburgo, 59.031. — Principados. — Schwarzburg-Sondershausen, 62.974; Schwarzburg-Rudolstadt, 70.030; Liechtenstein, 7.150; Waldeck, 37.350; Reuss, rama primogénita, 39.397; Reuss, rama secundaria, 81.806; Schaumburg-Lippe 30.144; Lippe, 106.086. Electoral de Hesse, 720.086. — Langraviato de Hesse-Homburgo, 23.740. — Ciudades libres, Lubeck, 53.423; Francfort, 79.278; Bremen, 83.856; Hamburgo, 222.379. — Poblacion total, 44.124.130; Estados, 35.

La religion católica prepondera en Austria, Baviera, Luxem-

burgo, Liechtenstein; tiene la mayoría en Baden y en los demas países domina el protestantismo. La Dieta extraordinaria solo se reúne cada vez que se trata de decisiones que tienen relacion con las leyes fundamentales; la ordinaria, ó consejo restricto, provee á la administracion. La primera es legislativa, la segunda administrativa. En la primera hay 66 votos, en la segunda 47, así repartidos: Austria, Prusia, Sajonia, Hannover, Wurtemberg, cada una 4 votos; Baden, el duque de Hesse, Holstein y Lunenburgo, cada uno 3 votos. Nassau, Brunswick, Mecklenburgo-Schwerin, cada uno 2 votos; todos los demas 1 voto. Total de votos, 66.

En el consejo restricto: Austria, Prusia, Baviera, Sajonia, Hannover, Wurtemberg, Baden, electorado de Hesse, gran ducado de Hesse, tienen 1 voto cada uno; el gran ducado de Luxemburgo y el ducado de Holstein y Lunenburgo, Sajonia-Coburgo-Gotha, tienen 1 todos juntos; Nassau y Brunswick 1; Mecklenburgo-Schwerin y Mecklenburgo-Strelitz 1; Oldenburgo, Anhalt-Dessau-Cochin, Anhalt-Bernburgo, Swartzburg-Sondershausen y Swartzburg-Rudolstadt, 1; Liechtenstein-Waldeck y ambos Reuss, Schaumburg-Lippe y Hesse-Homburg 1, y 1 las cuatro ciudades libres juntas. Total de votos, 47.

El ejército, cuyo efectivo puede llegar hasta 600.000 hombres, está dividido en 10 cuerpos, y es formado por los contingentes que cada Estado tiene que aportar según el número de su poblacion.

La superficie total es de 635.132 kilómetros cuadrados.

(1) En Austria hay 55.350 eclesiásticos, entre los cuales 4 patriarcas, 4 primados, 11 arzobispos, 58 obispos, 720 conventos con 50 abades, 45 provinciales, 6.754 sacerdotes regulares, 643 clérigos, 240 novicios, 1.917 frailes legos, 188 juitas, 298 monasterios de mujeres con 5.198 monjas, de las cuales 104 hermanas de la caridad. La renta de los beneficios asciende á 8.772.984 florines. Los conventos tienen una renta de 4.288.117 florines; las iglesias, la de 6.083.281; las escuelas, la de 329.252

1848. 16 de abril.

to, llega á ser tremendo, no solo para sus propios súbditos, sino también para sus rivales, á quienes puede llegar á imponer la ley con la espada.

## CAPÍTULO XXXVII

Francia y los demas países.

La Francia, primer impulso de estas sacudidas, se agitaba en una inquietud que indicaba cuán lejos debía de hallarse de haber encontrado su último punto de descanso. Como en toda revolucion, para evitar la sangre y la anarquía, se improvisó un gobierno, que por única sancion tuvo las aclamaciones de las plazas y el brazo de los infinitos obreros á quienes se había prometido salario, trabajasen ó no; porque el distintivo de la nueva Revolucion fué el derecho al trabajo introducido en el gobierno (1). Halláronse viviendo á expensas de la nacion 120.000 personas aglomeradas en talleres donde discutian, no trabajaban; y ¡ay del operario honrado que continuara pidiendo el sustento al trabajo de sus manos, en vez de pedirlo como tributo á la nacion, cuya deuda se iba acrecentando cada vez más! La Francia por tanto, después de haber desperdiciado cuanto dinero había en las cajas y cuanto proporcionaban los ingresos ordinarios, tuvo que imponer una contribucion de 45 céntimos sobre las propiedades, castigando así á los propietarios mas que pudiera hacerlo un conquistador, todo para mantener á los ociosos, muchos de los cuales fueron también organizados como guardia del gobierno provisional, siendo predicadores armados y en la ocasion satélites.

Esta miserable condicion de Paris se difundía por los departamentos, y cada Frances se veía obligado á armarse para defender su casa contra los ladrones doctrinarios, los cuales indignados de que después de haber expulsado á los tiranos, se les impidiesen el saqueo y la anarquía, tomaron las armas, proclamando la República democrática y la organizacion del trabajo. Fué preciso aquietarlos con la fuerza, y luego nuevos tumultos en todos los ángulos del país acompañaron á la eleccion de los individuos de la Asamblea constituyente, queriendo obligar á los electores á enviar á ella personas que decretasen la omnipotencia de los que nada tienen y nada hacen.

La Asamblea, reunida en Paris bajo la presidencia del filósofo Buchez, comenzó sus traba-

(1) Ya hemos proclamado, tomo I, no solamente por Babeuf sino también por Brissot, que la propiedad es un robo. En la declaracion que Robespierre leía á la sociedad de los jacobinos el 21 de abril de 1793 decía en el artículo XI: «La sociedad está obligada á proveer á la subsistencia de todos sus individuos, ya proporcionándoles trabajo, ya asegurando medios de existencia á los que no puedan trabajar.» Esta es la organizacion de la industria que se proclama hoy, y ya la habían proclamado científicamente Fichte, *Geschlossener Handelstaal*.

jos; pero componiéndose de gente nueva y deseosa de adular á la multitud para que esta la sostuviera con sus aclamaciones, procedía de un modo turbulento en lo interior, viéndose en lo exterior amenazada, mientras que los clubs conmovían al país y hostilizaban á la autoridad republicana como en otro tiempo habían hostilizado á la monárquica. Centenares de millares de obreros quedaron involuntariamente desocupados al cesar la confianza que es la vida del comercio, al ocultarse las riquezas amenazadas de saqueo; centenares de millares, ociosos voluntarios, pretendían vivir del dinero público, nuevos reyes de la época, como habían vivido los reyes de otro tiempo, y todos afluan á Paris, quejándose en tono amenazador de que la República no retribuiese competentemente á sus creadores, y amotinándose por poco que se les excitara á ello con el dinero, las declamaciones ó el ejemplo. Estos, con el pretexto de restablecer la nacionalidad polaca, se sublevaron é invadieron la Asamblea misma que pretendía refrenar el despotismo de la anarquía y proclamaron un gobierno provisional de socialistas. La fuerza regular salvó á la Francia de una nueva Revolucion, y entonces se pensó en hacer trabajar verdaderamente y en disciplinar á los 120.000 individuos que el gobierno tenía asalariados. Estos, que no querían la soberanía á tal precio, prorumpieron en gritos furibundos y llenaron á Paris de barricadas y de sangre, pereciendo en tres dias más de seis generales, algunos de ellos asesinados, es decir, mayor número que en cualquiera batalla campal, y el mismo arzobispo de Paris que había acudido para calmar el furor de aquellos *hermanos*. El ejército se mantuvo también firme contra la tiranía rapaz, y demostró que no eran invencibles los héroes de las barricadas. Diez mil insurgentes fueron condenados á la deportacion á consecuencia de aquellos sucesos; se cerraron los talleres nacionales, y se dieron al general Cavaignac facultades ilimitadas, creyéndose necesaria la dictadura para restablecer el orden civil en un pueblo á quien no hacía mucho descontentaba la amplísima libertad constitucional.

La Asamblea, protegida por las bayonetas, continuó redactando como pudo la constitucion, que fué proclamada el 12 de noviembre. Si tan mal se había entendido la libertad desde el primer momento de la insurreccion, muy poco se podía esperar cuando ejercían su influencia por una parte el miedo á la tiranía de la plebe, y por otra la condescendencia que era forzoso tener con dogmas arbitrarios aclamados en las plazas. De aquí salió en efecto una organizacion que en vez de mostrarse iniciadora de aquella forma republicana que será la del porvenir, debía servir de texto á los enemigos de las repúblicas; como si pudiera honrarse con este nombre otro gobierno mas que aquel que conservando la alta direccion de los negocios comunes y del progreso, deja la mayor amplitud posible á la accion de las provincias, de los municipios

4 de mayo.

15 de mayo.

24 de junio.

y de los individuos. Mas por segunda vez la Francia adorando la palabra en vez de la cosa, se proclamó República, « para poder caminar mas libremente por la senda del progreso y de la civilizacion. » Reconociase en la constitucion que la soberanía residia en la universalidad de los ciudadanos, todos los cuales al cumplir veintin años adquirian el derecho electoral para nombrar directamente diputados que compusieran la Asamblea legislativa. El número de estos era de setecientos cincuenta y nueve, y su cargo debia durar tres años; la Asamblea no podia ser disuelta y debia renovarse íntegramente. Confiábase el poder ejecutivo á un presidente elegido á pluralidad de votos por el sufragio universal y por tiempo de cuatro años, no siendo reelegible sino despues de un período de otros cuatro. Creábase un consejo de Estado presidido por el vicepresidente de la República, para dar su dictámen sobre los proyectos de ley del gobierno; este cuerpo se dividia en tres secciones, legislativa, administrativa y contenciosa, y se componia de cuarenta consejeros nombrados por la Asamblea nacional, cuyo cargo debia durar seis años, y que se renovaban por mitad al principio de cada legislatura. En el último año de esta, la Asamblea podia votar la modificación de la constitucion.

Todo, pues, se dejaba á la resolucion del sufragio inmediato de la multitud, esto es, de la intriga, del dinero, de la casualidad, y en breve se vieron los efectos de tales medidas en la eleccion de presidente. Creíase que triunfaria en ella el general Cavaignac, que tenia el mérito de haber mantenido el órden y salvado la República del deshonor, del saqueo y del asesinato; pero prescindiendo de que es fatalidad de estas revoluciones el ser odiado todo el que ejerce algun poder, la Francia se hallaba impulsada por un deseo inmoderado de personas nuevas, de cosas desconocidas, deseo á cuya satisfaccion se presta admirablemente el sufragio universal. Aquel país que habia destruido toda distincion de nacimiento, que habia abolido todo recuerdo monárquico, que rechazaba el sistema de conquista, dió sus votos á un hombre de quien no conocia mas que el título de príncipe, de quien no sabia sino el nombre de Buonaparte, de quien no tenia mas antecedentes que sus tentativas de restauracion armada. De 7.327,345 votantes 6.048,872 proclamaron presidente á Luis Buonaparte; la Francia se mostró de este modo idólatra de los nombres: y á meros nombres se reducía aquella República, pues que no se habia hecho mas que convertir al jefe del Estado en electivo y responsable, conservando aquella centralizacion administrativa que pone á toda Francia bajo el despotismo de Paris, no difundiendo por medio del sistema comunal la vida hasta los miembros entorpecidos del cuerpo social, y abriendo la arena á las intrigas, á las ambiciones, á la corrupcion de una corte.

El poder del presidente emanaba directamente

10 de  
diciem-  
bre.

de la eleccion universal, y de esta era tambien producto la Asamblea: habia, pues, dos poderes de igual origen, y si entre ellos se suscitaban disensiones, no existia medio de ponerlos de acuerdo, no pudiendo los representantes destituir al presidente, ni este disolver la Asamblea. De aquí las eternas dificultades que perturbaban la administracion, y el pueblo, puesto á cada paso en movimiento para renovar cualquiera eleccion, se veía distraído de sus ocupaciones habituales y mantenido en agitacion perpétua é inmoral. Además del experimento desgraciado que se hizo del sufragio universal en las elecciones, las asambleas primarias y los clubs eran focos incesantes de excitacion contra la tranquilidad pública, tanto mas cuanto que en Paris, centro siempre de la vida y del pensamiento de toda Francia, una turba indisciplinable de holgazanes y viciosos ponía en venta sus votos y sus brazos, y siendo numerosa y sofocando con las amenazas la voz de los ciudadanos pacíficos, venía á constituirse en mentida expresion del sentimiento público. Á la Asamblea, elegida por el sufragio universal y bajo el dominio de los agitadores, pareció necesario sacar la eleccion de manos del capricho ó de la violencia de aquel batallon volante sin oficio ni domicilio, ni otras garantías de moralidad, y que comprado por dinero ó seducido por huecas palabras, imponía al verdadero pueblo las hechuras de la intriga, y disponía á su talento de la suerte de Francia. Así los dos años que siguieron á la Revolucion fueron empleados en destruir la obra de 1848, en restablecer por necesidad económica impuestos que se habian abolido para captarse la voluntad del vulgo, entre ellos el que gravitaba sobre las bebidas; en restituir la independencia al poder judicial librándolo de la reeleccion; en renovar el crédito que habia muerto con las amenazas de expropiacion; en abrir de nuevo las fuentes de la prosperidad nacional cegadas desde que solo en 1848 se habian aumentado los gastos en doscientos sesenta y cinco millones y medio de francos. ¿Pero quién sabe cuándo podrá equilibrarse un presupuesto tan enormemente desequilibrado?

Por lo demas, ¿quién no sabe que una Revolucion desconcierta el órden establecido y arruina la hacienda? ¿Pero quién no se resignaria á estos males si viese que la misma Revolucion abria las sendas del porvenir y elevaba la dignidad nacional? ¿Hizo esto la Francia? Por su propio programa parecia iniciadora de otras revoluciones, y al principio en efecto atizó la eferescencia de toda Europa; pero lo hizo bajo mano, á guisa de sociedad secreta, pronta á desdecirse apénas fuera descubierta y á presentar excusas tan desnudas de exactitud como de dignidad. Así en estos movimientos alternativos de progreso y retroceso, perdió la importancia que tenia entre los hombres políticos, perdió tambien la simpatía con que la miraban los pueblos, y especialmente los leales amantes

de la República, ausiosos de ver en aquella nacion un noble ejemplo, y que no vieron sino un triste y mortificador desengaño (1).

Mientras en Europa se agitan los vitales problemas de la nacionalidad y de las constituciones libres, Francia se debilita en intrigas intestinas y sirve de teatro á la ambicion del presidente, que no quiere bajar de su asiento tan inesperadamente ocupado, á los manejos de los que aspiran á lanzarlo de aquel puesto y de los que anhelan el restablecimiento de los Borbones. Se habia creído cosa liberalísima el atacar á los aristócratas y los Jesuitas; pero cuando la Revolucion de febrero mostró que se llevaba puesta la mira mucho mas allá de aquellos enemigos simulados, los liberales se unieron con los Jesuitas y los aristócratas para hacer frente al peligro comun; los que habian hostilizado al gobierno del rey, se manifestaron arrepentidos; se llamó á la República desgracia, golpe de mano, sorpresa á la cual la nacion desacostumbrada no se resignaba sino por temor de empeorar, y los que en cuestiones secundarias habian militado en opuestos bandos, se prestaron mutuo auxilio en la cuestion esencial de salvar la sociedad del peligro que le ofrecian tantas amenazas, algunas verdaderas, pero la mayor parte exageradas.

En la misma Asamblea, sin embargo, se agitaba con calor el bando socialista que deseaba extender á todos los ciudadanos, no solo el derecho del sufragio, la justicia y la instruccion, sino tambien el derecho al trabajo, que pedía la abolicion de los impuestos indirectos, recargando en cambio las contribuciones sobre las propiedades inmuebles, y exigía que aquellas se aumentasen en proporcion del aumento que recibiera la riqueza. En esta y semejantes teorías, cuyo valor ya hemos discutido en otro lugar, los hombres prácticos ven la muerte de la industria, un premio dado á la ociosidad en

(1) En 1843, Luis Buonaparte, que hoy dia es emperador, escribía:

« Hace 13 años que no tenemos ni paz ni guerra; es decir, que tenemos todos los disgustos de una paz vergonzosa, y todos los gravámenes de una guerra desgraciada. No hace mucho tiempo que el Nacional hizo ver con números que, desde 1830, los balances exceden á los de Inglaterra, por manera que si se agregan los dos millares que pagó la Restauracion á los extranjeros por su invasion, los gastos del Imperio aun son un millar menos que los del gobierno de hoy. Y lo que mas es de sentir, es que han llegado á devorarse hasta las reservas que habia hecho la Restauracion. Los 1,500 millones de la caja de socorros, de la caja de ahorros, gran parte de los bosques del Estado, todo desapareció para pagar empresas sin ventaja, y la deuda pública va creciendo de un modo notable. Nuestra nacion, poco ántes gloriosa y respetada, es la burla de Europa. ¿Pues qué? preguntan los extranjeros, ¿no podrán acaso los Franceses, á pesar de todas sus revoluciones, llegar á fundar tambien en su casa ni libertad, ni órden, ni prosperidad?... ¿Qué es, pues, lo que van á ganar con todas sus revoluciones? Solo una cosa salimos ganando, la experiencia; aquella experiencia triste y terrible pero verdadera que nos enseña á no confiar en nadie, sino en las instituciones; á no dar crédito á las promesas de los hombres, sino á sus antecedentes; á no aplaudir las palabras, sino los hechos... á reclamar para nuestra patria ó la guerra con todas sus eventualidades, ó la paz con todos sus beneficios. » (Oeuvres de Napoleon III, tom. III.) Compárese este cuadro con la situacion del dia de hoy. (Nota de 1863.)

menoscabo de la actividad y de la prevision; la disminucion progresiva del capital social, pues que las esperanzas particulares de suceder en las herencias no tendrian estímulo para aumentarlo; la perpetuidad de la anarquía y la abolicion de la libertad cuando aquel tirano indomable llamado el Estado llegase á hacerlo todo, á pensar en todo, á proveer á todo, dispusiera de todos los medios embruteciendo al hombre con hacerlo irresponsable de sus propios actos, y con crearlo tan incapaz de elegir y tan inhábil para llenar sus grandes deberes, que necesite una autoridad que lo mueva como un autómeta.

Estos temas cuya discusion es convenientísima entre los filósofos y hombres de Estado, son discutidos por el vulgo ciudadano con el ánsia de aplicarlos inmediatamente, expropiando á los ricos en favor de los pobres y lanzando á unos de sus posiciones para ocuparlas con otros. Tan salvaje es este grito que algunos niegan que se haya dado nunca; pero esta negativa no puede tranquilizar á los hombres pacíficos y amantes del sosiego, es decir, al mayor número, que asustados al verlo traducirse con frecuencia en actos bestiales, piden la represion por la fuerza. De su ardimiento y de sus extensas inteligencias dieron muestras los socialistas parlamentarios cuando acusando al gobierno de haber abusado de la autoridad que le concediera la Asamblea para asesinar la República romana, capitaneados por Ledru Rollin « se manifestaron prontos á defender la » constitucion aunque fuese á mano armada. » Estas palabras que resonaron en la Asamblea se repitieron en las calles y suscitaron una nueva insurreccion, que fué de nuevo reprimida por las armas y luego por las cárceles y los destierros; pero el descontento se manifestaba mas fuerte en el secreto de las sociedades que se habia manifestado en público; tanto que el presidente llamó « implacables enemigos de la » República á los que perpetuando el desórden, » obligaban al gobierno á convertir á Francia » en un campamento, y los proyectos de progreso en preparativos de defensa. » Y sin embargo, se habia dicho que el sufragio universal evitaria las sublevaciones, no siendo ya necesario recurrir á las armas cuando cada cual pudiera expresar legalmente su voluntad.

Para poner diques al torrente los diversos partidos, se unieron en la única idea comun que abrigaban, á saber, la necesidad de conservar el órden prescindiendo de recuerdos y de esperanzas. Pero el partido de los moderados es siempre inepto contra el tumulto de las plazas sostenido por los instintos y por el furor; lo es tambien en sus medidas políticas que se limitan á echar mano de expedientes instantáneos, y lo es igualmente en sus escritos donde por respetos humanos mutila la verdad; en tanto que los exaltados excitan las pasiones, fascinan la imaginacion, ultrajan á sus adversarios, ya en discursos acalorados, ya en libelos difundidos.

1849.  
11 de  
junio.